

pensada como una imagen de la Creación que necesita ser cuidada. Una Creación de la que el ser humano forma parte, en la que Dios se encarna y que, en consecuencia, aparece como imagen del Cuerpo de Cristo. Así, del mismo modo que cada ser humano, como imagen y semejanza de Dios, necesita cuidarse a sí mismo y a sus semejantes, los creyentes asumen una responsabilidad ecológica al entender la imagen-Iglesia como un elemento de la Creación, inseparable de su referencia al Creador y a la imagen humana-filial de Dios. [Susana Vilas Boas]

Cipriani, N. *El Espíritu Santo, amor que une. Pneumatología y espiritualidad en san Agustín*. Madrid: Editorial Agustiniiana, 2023. 205 pp.

Estamos ante una obra que colma una laguna en los estudios agustinianos. Además, si el autor es capaz de decir que «el Espíritu Santo es el fundamento de la espiritualidad agustiniana» (p. 18) –frase arriesgada si se tiene en consideración que Agustín no le dedicó un tratado a la tercera persona de la Trinidad, como si lo han hecho Basilio de Cesarea o Ambrosio de Milán–, el lector puede intuir que tiene entre sus manos el resultado de una investigación que significó muchos años de lectura y profundización en la teología trinitaria del Hiponense.

Esto nos debe recordar que Nello Cipriani publicaba no hace mucho *La teologia di sant'Agostino. Introduzione generale e riflessione trinitaria*, un texto que significó una nueva mirada sobre la teología trinitaria de Agustín después de años de discusión en torno a la polémica tesis de la conversión de Agustín no al cristianismo, sino al neoplatonismo (Alfaric, O. du Roy). De hecho, para quienes sostenían esta tesis, la primera teología trinitaria de Agustín no sería más que una conversión de la presentación plotiniana de las tres hipóstasis. En Europa, sin duda alguna, la aportación de N. Cipriani con esta obra fue sumamente clarificadora.

En el año 2011, casi como consecuencia natural de la profundización en el misterio trinitario, pero también con el deseo de colmar una laguna de la agustinología, se publica *Lo Spirito Santo, amore che unisce. Pneumatologia e spiritualità in Agostino*, que ofrece la misma metodología que la obra citada más arriba, pero ahora buscando ofrecer un tratamiento específico acerca de la Tercera persona divina y de su acción en la historia. Su publicación en español es, sin duda, una aportación a los estudios de pneumatología patristica, por un lado, ya que no son abundantes; por otro, lo es para los estudios agustinianos, que no contaban con una obra que actualice un tema monográfico de gran importancia como el de la pneumatología y su relación con la espiritualidad.



BIBLIOGRAFÍA

La obra de N. Cipriani se abre con una breve introducción sobre el método teológico de Agustín, tomando como punto de partida su biografía y parte de su itinerario intelectual, para señalar que el “círculo hermenéutico” (Giovanni Reale) que se da en su pensamiento entre razón y fe es indispensable para comprender su teología.

Leídas con provecho las premisas del autor, el lector se encontrará con las dos grandes partes que estructuran la obra. La primera aborda la reflexión trinitaria del Hiponense con especial atención a la persona del Espíritu Santo. La segunda ofrece una visión de conjunto acerca de la acción del Espíritu en la historia.

En la primera parte, el temario propuesto es estrictamente cronológico, esto es, apegado a la cronología de la producción agustiniana en lo que concierne a la reflexión trinitaria. El autor toma como punto de referencia divisor entre dos grandes fases del pensamiento la ordenación sacerdotal de Agustín, momento que N. Cipriani califica de nacimiento de una «nueva ciencia» (p. 55), por la profundización exegética y teológica que alcanza progresivamente el pastor al tener un contacto mayor con la Sagrada Escritura y con el Símbolo de la fe.

En la segunda parte, el lector encontrará un sugerente tratamiento de la acción económica del Espíritu Santo, esto es, la consideración de la actividad del Espíritu desde la creación del mundo hasta el presente, especialmente hace referencia a la acción del Espíritu en Jesucristo, en la vida de la Iglesia y de cada creyente. Sin dudas, se trata de la aportación más original de esta obra que reseñamos, ya que ayuda a superar críticas injustas acerca del pensamiento de Agustín (p. 101). Si estas críticas consistían en jugar la teología trinitaria agustiniana como mera especulación abstracta y de poca incidencia en la historia y en la vida de los cristianos, la lectura de esta segunda parte las desmiente. Así se destaca que el Espíritu Santo en Agustín es amor que conduce la creación a la unidad en el Hijo, designio de Dios. Así como el Espíritu es Amor que une al Padre y al Hijo (Trinidad inmanente), también une en la historia a los hombres y, en especial, a los miembros de la Iglesia y a éstos con el Dios Trino (Trinidad económica).

Quisiera recordar al finalizar esta breve recensión que una de las líneas de investigación desarrolladas por N. Cipriani durante toda su vida ha sido la pesquisa sobre las fuentes del pensamiento trinitario de Agustín. Esto se deja sentir en la obra que aquí se reseña. Quien se acerque a ella encontrará claras alusiones al pensamiento de Ambrosio de Milán, Mario Victorino e Hilario de Poitiers, todos autores que dejaron una profunda huella en la mente de Agustín desde su primerísima formación teológica a partir del bautismo recibido en el año 387 en Milán.

Finalmente, podría señalarse que el escrito del agustinólogo italiano no sólo ofrece un firme punto de llegada para los estudios de pneumatología agustiniana, sino que también abre nuevas perspectivas y horizontes. Por ejemplo, podría ser provechoso explorar más la dimensión pneumatológica de la gracia que refleja el tratado antipelagiano *De spiritu et littera*, citado por N. Cipriani, pero no en la línea aquí sugerida. El campo de investigación, como podemos ver, sigue abierto y resulta prometedor, especialmente si esto puede resultar de ayuda para quien busca y reconoce en el Espíritu Santo al Amor que une al Padre con el Hijo y asiste a los hombres en su tránsito por las sendas difíciles de la historia. [Bruno N. D’Andrea, OAR]